

## ESPAÑA OPINA

## Una política de futuro

Son posibles los ideales propuestos en anterior trabajo para la creación de un orden político original adaptado a nuestra especial forma de ser?

Anticipemos clara y rotundamente que sí; que el carácter inmanente de nuestros grandes principios políticos hace perfectamente adaptable a su esencia el desarrollo de una política joven y dinámica en la que España, recuperando su papel de pionera, puede hacer mucho en beneficio de toda la Humanidad y muy especialmente de los países cuyas características son en gran parte semejantes a las nuestras.

Veamos, en primer lugar, esta adaptación a la esencia de nuestros Principios Fundamentales de lo que debe ser una política de futuro.

Es muy importante hacer notar que el armazón político de nuestra doctrina ha sido cuidadosamente elaborado a lo largo de más de treinta años de agitada historia de la humanidad. Quiere ello decir que una exégesis del mismo ha de tener en cuenta el momento y las circunstancias en que cada disposición se produjo. Habrá, por tanto, de matizarlas en su forma e incluso en su lenguaje, desposeyéndolas de aquello que pudieran tener de temporal y accesorio, para penetrar en el verdadero substrato político y filosófico en que se asientan y que las conforma.

El último tercio del siglo XX exige nuevas y diferentes herramientas de Gobierno; exige posturas actuales y con proyección de futuro; exige, en síntesis, un amplio rejuvenecimiento de la filosofía política en que el mundo occidental ha venido apoyándose casi sin variación a lo largo de los últimos 150 años.

Es evidente que las fórmulas políticas decimonónicas ya no nos sirven; los movimientos contestatarios extendidos con rara unanimidad por amplios sectores de la juventud de todo el mundo, sin distinción de áreas geográficas, pero sin distinción tampoco de las características políticas del régimen contra el que se protesta, son buena prueba de ello.

Es también cierto que las adaptaciones de los conceptos liberal y democrático de formas de Gobierno, efectuadas por los países anglosajones, nórdicos y centro-europeos a su peculiar forma de ser y que pretendieron, sin éxito, ser exportadas o impuestas al resto de la Humanidad a lo largo del último siglo, no han podido ser asimiladas por los restantes países. Incluso, en las mismas naciones anglosajonas, nórdicas y centro-europeas se impone una revisión.

Pero para mayor abundamiento, también las fórmulas nuevas de Gobierno, que tan explosivo desarrollo obtuvieron en Europa durante los años 30, no consiguieron otra cosa que un rotundo fracaso, acentuado por la derrota en 1945 de los países en que habían alcanzado su máxima vigencia.

Queda, por último, la incógnita del fenómeno comunista, cuyo análisis profundo queda fuera de los límites de esta disquisición.

Bástenos decir que, a nuestro juicio, la explicación de la rápida expansión de la ideología y del poder comunista durante los últimos 50 años debe buscarse, además de en los increíbles errores políticos, tácticos y estratégicos de sus principales oponentes, los países anglosajones, en todo lo que estos movimientos comunistas han tenido de negativo; es decir, de justificada protesta contra unas condiciones de vida para las masas trabajadoras y contra unas diferencias en el orden social y económico a todas luces injustas. Diferencias que pueden aplicarse no sólo a las clases sociales dentro de cada país, sino a los países y pueblos entre sí (Paulo VI: «Populorum Progressio»). De aquí el carácter tan frecuentemente nacionalista y xenófobo de estos movimientos comunistas.

Sin embargo, si se desposee al comunismo en el mundo occidental de esta faceta de carácter social y económico, es bien cierto que, en este mundo occidental al menos, aquello que pudiera tener de innovación política ha ido difuminándose y vaciándose de contenido con el tiempo. De aquí que, mientras se está produciendo una clara convergencia en el aspecto económico y social entre los países capitalistas y comunistas, convergencia que tiende a unas fórmulas de convivencia entre economías capitalistas planificadas, que tienden al socialismo y economías comunistas en trance de paulatina liberalización y orientadas también hacia criterios socialistas, persiste un abismo político entre ambos grupos de naciones. Es ello prueba clara de que ninguno de los dos sistemas ha conseguido desarrollarse sobre bases tan sólidas como para constituir un potente foco que consiguiera, primero, iluminar y, luego, atraer al sistema oponente. En nuestra opinión, ambos grupos políticos se encuentran ya a la búsqueda, quizá todavía inconscientemente, de nuevas fórmulas de Gobierno a las que adaptar sucesivamente sus ya convergentes estructuras de carácter económico y social.

(De "ABC")